

## 50. Ten la misma manera de pensar

E. J. Waggoner

¡El Creador del cielo y de la tierra en un establo! ¡El Rey de gloria en un pesebre! ¿Cómo llegó allí? ¡Ah! esa es la maravilla. Él nunca habría estado allí si su mente hubiera sido como la de Satanás, como la mente que tú y yo tan a menudo tenemos.

A veces pensamos que, debido a que Dios es el Rey de todos los reyes, y es tan sabio y poderoso, debe ser orgulloso y egoísta como muchos de los reyes de la tierra. Pero esto es un gran error, como verás cuando te familiarices mejor con el niño del pesebre.

Dios es abnegado y *completamente amable*. No tiene la costumbre de mirar sus propias cosas y olvidar si los que le rodean tienen algo o no. Pero siempre está mirando a los demás para ver si tienen todo lo que necesitan. Si no lo tienen, su mayor alegría no es complacerse a sí mismo, sino hacer algo por ellos, prescindiendo de sí mismo si es necesario, para que ellos puedan tener lo que necesitan. Fíjate bien y verás que esto es cierto.

El hombre, que había sido creado puro y bueno a imagen de Dios, había entregado su vida, su pureza y todo lo que tenía a Satanás, el enemigo de Dios y del hombre. El Señor sabía que eso significaba pecado, tristeza y muerte eterna para cada uno de nosotros. Porque Satanás era un amo duro y cruel, y mucho más fuerte que nosotros, de modo que nunca permitiría que ninguno de nosotros fuera libre.

Ciertamente, todo fue culpa del hombre, pero Dios nos amó tanto que, a pesar de todo, su corazón se desbordó de dolor cuando vio nuestra condición desamparada. Su corazón anhelaba sobre nosotros como el corazón de una madre anhela sobre su hijo moribundo. Las riquezas y glorias del cielo no eran nada para Él comparadas con su amor por nosotros. No podía ser feliz ni disfrutarlas solo; debía tenernos para compartirlas con Él.

¿Por qué entonces no envió a alguien para vencer a Satanás, romper sus cadenas y devolver al hombre su libertad y su vida de pureza? ¡Ah, ¿a quién podía enviar?! Ningún hombre podía hacerlo, porque Satanás era más fuerte que cualquier hombre. Ni siquiera los ángeles podían hacerlo, pues no tenían más vida para la pureza de la que necesitaban para sí mismos; todo lo que tenían les fue dado por Dios. Solo Dios era más fuerte que Satanás. Y solo con Él estaba la fuente de pureza y vida. Nada podía ahuyentar la oscuridad del pecado sino la

luz de su vida. Nada podía romper los lazos del pecado con los que Satanás nos había atado, sino la justicia de su vida. Nada podía quitar las llaves del sepulcro sino el poder de su maravillosa vida que podía descender al sepulcro, atravesarlo y llevarse las llaves consigo.

¡Pero esto significaría una vida de dolor y tentación en carne pecaminosa, y una muerte cruel en la cruz para Dios! Oh, ¿nos amó lo suficiente como para renunciar a su glorioso hogar y a todas sus riquezas y gozos en el cielo, y descender a la tierra como el más pobre de los pobres, y el más débil de los débiles, y pasar por cada dolor y tentación de la carne pecaminosa, incluso hasta la oscura puerta de la muerte? ¡Sí, lo hizo! Dios vino en su Hijo para reconciliar el mundo consigo mismo.

Míralo allí en el rústico pesebre de Belén.

Míralo en el humilde hogar de Nazaret, sujeto a sus padres en todas las cosas y compartiendo todas las sencillas cargas y labores de su padre, como el carpintero.

Míralo en el desierto sin alimento durante cuarenta días y cuarenta noches, y tentado por el diablo.

Míralo expulsado de las sinagogas y ciudades y perseguido hasta la muerte por aquellos a quienes vino a salvar.

Míralo yendo de un lado a otro sin hogar ni amigos, sin un lugar donde recostar su cabeza, pero sin una queja, y siempre con una palabra amable y una mano tendida.

Míralo en Getsemaní sudando como grandes gotas de sangre.

Míralo traicionado por el beso de uno de sus supuestos seguidores.

Míralo en el pretorio burlado, azotado, escupido, vestido con una vieja túnica púrpura y coronado con una corona de espinas.

Míralo desmayándose por el camino, y ¡oh, míralo colgando en la cruz maldita con sus tiernas manos y pies aún temblando por los crueles clavos! ¡Míralo muriendo de un corazón roto a causa de tus pecados y los míos! «Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sion; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; dí a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro!» (Isaías 40:9, RVR1960)

Oh, ¿puedes dudar aún de su amor por ti? ¿Puedes dudar de su disposición a aceptarte como su hijo? ¿Puedes alguna vez dudar de su altruismo?

Síguete hasta el sepulcro nuevo de José, y velo allí, sepultado con una gran piedra delante de la puerta.

Pero mira una vez más. La piedra ha sido removida. Las vestiduras fúnebres yacen allí, ipero nuestro Señor ha resucitado! La muerte no pudo retenerlo. La gloriosa obra ha terminado. Él nos ha comprado de nuevo y ha roto la última cadena y abierto la última puerta que nos encerraba con Satanás. ¡NOS HA LIBERADO! Ha proclamado libertad a todo cautivo «El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel;» (Isaías 61:1, RVR1960). En el nombre de Jesús podemos caminar hacia toda la libertad de los hijos de Dios. Satanás no puede vencernos ni hacernos pecar una vez más si creemos en Jesús y nos mantenemos firmes y nos regocijamos en la libertad con que Cristo nos ha hecho libres. Mientras creamos que Él nos ha hecho libres y nos entreguemos a Él en todo, dejando que *su mente esté en nosotros*, Satanás no podrá tocarnos.

Hoy, entonces, somos llamados a tomar la misma decisión que los ángeles del cielo tomaron hace mucho tiempo. «se puso Moisés a la puerta del campamento, y dijo: ¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo. Y se juntaron con él todos los hijos de Leví.» (Éxodo 32:26, RVR1960) «El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.» (Mateo 12:30, RVR1960).

Nosotros, como ellos, somos dejados perfectamente libres para elegir por nosotros mismos. No necesitamos estar del lado del Señor a menos que lo deseemos. Pero, oh, ¿no deseamos estarlo? ¿No ha demostrado ser «el más sobresaliente entre diez mil, y todo él codiciable»? (Cantares 5:10, 16) ¿No se ha mostrado digno de nuestra confianza? ¿Qué más podría hacer para mostrar su amor por nosotros de lo que ya ha hecho?

Habiendo padecido Él mismo la tentación, «Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.» (Hebreos 2:18, RVR1960). Todavía «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras

debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.» (Hebreos 4:15, RVR1960). «Porque él conoce nuestra condición;

Se acuerda de que somos polvo.» (Salmos 103:14, RVR1960). Aunque somos tan pobres y malvados, Él piensa en nosotros, «Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.» (Jeremías 29:11, RVR1960). Oh, entonces, ¿no lo elegiremos como nuestro Maestro, y dejaremos que «haya en nosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús»? (Filipenses 2:5).

PT, 22 de febrero de 1894